

Contra el dogmatismo *fit*

Sebastián Gaviria Q.

Escritor, sebasgav24@gmail.com

Empecemos con sensatez: soy un flácido y pusi-lánime esperpento. No tengo músculos definidos ni elásticos. No desayuno batidos —por ahora—. No madrugo, o bueno, si lo hago en caso tal no es por mi propia energía y voluntad sino por los alaridos de mi hija de dos años que se despierta en la madrugada. No duermo ocho horas. No medito. No monto en bicicleta ni camino ni practico *jogging*. No tengo rutinas. No voy a pie a la oficina. Mis ojeras son dos cuencos profundos. Mis ojos padecen —o parecen padecer— conjuntivitis. Mi cuerpo se perfila a la redondez, sobre todo en la panza. Mis cachetes parecen dos peces globo y mis músculos están llenos de estrías que recuerdan mis ires y venires con el peso. No encuentro frases estimulantes ni homeopáticas en ninguna parte —tampoco las busco, es verdad—. No tengo ninguna misión. No soy un ejemplo a seguir. No tengo una verdad revelada —qué triste—. Digámoslo mansamente: no soy una persona *fit*. No predico aquel dogma. Soy un hereje.

Pero hago una aclaración: no es que deteste a los dogmáticos. Qué tal, ya quisiera ser uno de ellos, un convencido de una verdad indiscutible, con un equipaje de creencias bien cargado para andar tranquilo por la vida, ser alguien sostenido en un sólido sistema de argumentos para no ahogarse en el maremágnum del caos. Ya quisiera yo ser alguien con un verdadero dogma. Ser alguien con una verdad firme y principal, que actúe como principio de lo demás, como proponía Chesterton. No, lo que en verdad me molestan son los dogmáticos *fit*. Los feligreses del *fitness*. Aquellos que hacen de la alimentación balanceada y el ejercicio una religión de alquiler, una secta itinerante, una cofradía para pocos, para aquellos que tienen con qué y no tienen pereza y leen —y comparten— frases que te arreglarán el día, que te *inyectan energía* —estas son sus palabras—. Son esos fanáticos que te dicen que te alimentas mal, que eres un flojo porque te asfixias yendo a pie hasta la esquina, que te incitan a meterte enemas por el culo para encontrar una balance corporal y espiritual, o que te impulsan a buscar una purificación holística. Son esos dogmáticos

que no otorgan concesiones, que te sugieren buscar un *coach*, que ejercen un proselitismo sin pudor y que te dicen que debes crear un cuadro de hábitos, evitar tal o cual lugar porque tiene “mala vibra”, o que señalan con grandilocuencia que en los libros está el bienestar —la dictadura del bienestar, como lo llama una amiga— y no la cultura —oh, terrible palabra—.

Tal vez odio a los dogmáticos porque soy como ellos, porque tal vez soy un dogmático. Dice María Moliner que un dogmático no admite contradicciones en sus opiniones. Y es verdad. Pero es que los dogmáticos *fit* son insufribles —o quizá son sabios y sea falta de perspectiva—. Ellos andan felices por la vida sin saber por qué —quizás por eso son tan felices—. No gastan su energía en menudencias existenciales. Ellos saben que son felices, y punto. Cuánto no daría yo por tener esa claridad. Solapadamente los envidio. Envidio sus certezas. Envidio la valentía con que detonan sus decisiones. Ojalá yo fuera capaz de defender con convicción mis convicciones. No. No soy un dogmático de ese estilo y lo lamento. Quisiera serlo, pero no me da. Soy flojo y vago —ya lo dije—. Un dogmático *fit* nunca es vago. Un dogmático *fit* siempre tiene cosas por hacer. Tiene un propósito. Decir *propósito* ya es horrible. Sabe cómo encaminarse. Yo no. Creo que si el mundo solo se sostuviera sobre personas como yo ya estaríamos extintos.

Claro, no solo odio a los dogmáticos *fit*, sino también a la palabra *fit*. Al parecer, ya no existe una palabra castiza como *delgado*. Si mucho, esa palabra llega a ser un apellido. Ya nadie le dice a otro: “¡Cómo estás de delgado!”. No. Ahora funciona la construcción gramatical: “Estás muy *fit*”. La molesta palabra *fit* es una palabra extranjera, eficaz, capitalista a más no poder. Globalizada. En su gramática hay un acortamiento. En su caligrafía hay un pensamiento —si es que se puede llamar así—. Hay en ella una manera de ser, de estar, de creer. Una ideología. En esas tres letras hay una educación sentimental que, por supuesto, no es la mía. En estas letras se tiende a la estrechez, a lo lineal, a lo corto, como en las

frases de Carver. Hay una intrínseca exclusión de la redondez. Un rechazo a la anchura. Por eso soy un hereje, porque en mi torpe —y discutible— educación sentimental tiendo al rodeo, a lo redondo, a la circunferencia, a la extensión, a la gordura, al circunloquio, a la circunstancia. No hay modo en que nos pongamos de acuerdo. El espíritu *fit* se mueve hacia lo proyectivo, hacia lo planificado, hacia los vectores, hacia la línea recta que se expande de forma directamente proporcional, como las ganancias, como el lucro. Existe una tendencia innata a la superación. Por eso asisten a charlas motivacionales en teatros atravesados por luces estroboscópicas y creen en cada palabra del gurú de turno, *Aliméntese bien, controle su peso y convierta su cuerpo en su mejor aliado*. ¿Aliado de qué?

Es imposible que mi escuálido espíritu comulgue —qué bella palabra es comulgar— con este dogma. Decía Ambrose Bierce en su *Diccionario del diablo* que un doctrinario es aquel cuya doctrina tiene el demérito de oponerse a la nuestra. Quizás sea así, quizás soy el reverso de ese dogmatismo, un dogmático del caos, de lo rizomático, del trauma y el drama y el melodrama —no voy a mentir—. A duras penas logro superar el día —en realidad no lo logro—. Siento que soy la cuadratura del círculo, aunque el círculo se riega. Soy un reguero existencial, fragmentado, polivalente y desprovisto de la claridad mental para cuidar el cuerpo y el espíritu. A veces me miro en el espejo y quisiera ser otro, o ser ellos. A veces, cuando me invade la sensación de una vida monótona, chata y torpe, llena de baches, una vida en carretera destapada, quisiera ser ellos. Ser una imagen de alegría y felicidad. Quisiera proyectar una imagen, ser una imagen —todos los dogmáticos *fit* son imágenes, parecen pósteres o calcomanías—. Quisiera exhibir una vitalidad electromagnética, ser el centro de la gravedad social, pero la realidad es que la indomable Segunda Ley de la Termodinámica me acribilla, me acorralla, me pone el pie en el cuello. Me asfixia. Y cuando me asfixio, de deudas, de mala leche, de malestar, hay una secreción de odio, un veneno oxidado que me corroe y lo corroe todo, un veneno que me dispersa y me echa encima el insomnio y el pesimismo, y por eso vuelvo al círculo, a ese que llaman vicioso, porque se repite, porque todo círculo es una repetición. Un círculo que no les gusta a los dogmáticos *fit* porque significa un regreso, un retroceso (¡Nunca para atrás!, dicen) a la comodidad del trasnocho, a la dejadez gastronómica, a los gritos de mi hija, a mi circunstancia, en términos de Ortega y Gasset, al incremento proporcional del colesterol, a la total impunidad improductiva, es decir, a la mejor forma de rebelarse contra un dogmatismo sin calorías. ■



1983: The CDC reports 3,153 cases of HIV/AIDS in the U.S.



1987: The “Silence = Death” project begins to appear on the streets of New York City.



2018: There are approximately 37.9 million people living with HIV